Menorca

(A modo de crónica)

Alboreaba el jueves, día 26 de mayo. Nos reunimos en la estación de ferrocarril —el viaje en autocar hasta Barcelona no pudo realizarse porque las empresas de estos servicios públicos estaban en huelga—. Y llegamos. Las maletas iban solas, aparte, en una camioneta. De Sants, al aeropuerto. Un larguísimo pasillo, cubierto y móvil, nos condujo hasta la sala de espera. Música de fondo. De vez en cuando, un aviso de «Iberia». Un avión que salía o llegaba. Pasaron un par de horas y nos acomodamos en un «Aviaco». Se nos dieron las normas de rigor. Y... ¡arriba! A seis mil metros de altura, a 900 k/h. de velocidad. Abajo, a nuestros pies, la tierra y el mar y las nubes grises e inquietas. Todo era pequeño para nosotros. Al cabo de media hora pisábamos tierra menorquina la Isla de la Calma.

Subimos a los autobuses que nos esperaban —en Menorca no había huelga— y... hacia S'Algar, linda urbanización a las afueras de San Luis. Allí teníamos nuestro hotel de balcones circulares, fachada al mar y al interior de la isla, todo él enteramente blanco por fuera. Nos situamos en la habitación correspondiente y cenamos.

COVA D'EN XOROÍ

A las nueve y media fuimos, en autocar, a la Cova d'En Xoroi. Se halla al sur de la Isla, en Cala Porter. Está colgada caprichosamente de un acantilado. Descendimos sigilosamente por el largo y sinuoso pasillo que las mismas rocas habían preparado. La luna, arriba. Y el mar irisado, limpio, abajo, muy abajo. Dentro un bar. Música muerta. Baile... Regresamos al Hotel. Era la una de la madrugada.

VIERNES, 27, VIAJE POR LA ISLA

Después de desayunar pausadamente, salimos en autocar para conocer y visitar la isla. Los guías eran agradables. Hicimos parada en dos lugares muy apreciados por las señoras: una peletería y una bisutería.

Seguimos viajando hacia Ciudadela, la otra gran agrupación urbana de la isla. La antigua capital. En la ciudad fuerte. Hay en ella una plaza enorme, sólo comparable a la que, en otra ocasión como ésta, vimos en Salamanca. En el centro un obelisco conmemorando la victoria sobre los turcos en 1558. En el extremo occidental, la Casa Consistorial, asomándose curiosa al mar. Y la catedral gótica de una sola nave, amplia y ábside poligonal.

Comimos en «La Cabaña», a las afueras de la ciudad. Nos detuvimos, después, en Fornells. Eran las cinco de la tarde. Unos pescadores repasaban sus redes. Nos dijeron que lo hacían cada día y nos invitaron, con un poco de sorna, a que si queríamos ayudarles.

LA BARBACOA

Eran las ocho y medio aproximadamente. Cenábamos en un Cortijo-Castillo que está a medio camino entre Ferrerías y Ciudadela. Como es de rigor, se nos invitó a un pin-